

OBJETIVO FISAHARA
ESPAÑOL



Introducción

Festival de Cine y Derechos Humanos de Donostia-San Sebastián

El Festival Internacional de Cine del Sahara (FISahara) nacido en el año 2002, es una iniciativa personal impulsada por el Presidente de la Coordinadora Estatal de Asociaciones de Amigos del Sahara (CEAS), quien, sin duda, supo generar una corriente de entusiasmo y adhesión entre los diferentes agentes activos del Cine Español.

Consecuencia de ello son las ocho ediciones celebradas en los campos de refugiados de Tindouf, en el desierto argelino, a las que sucesivamente se han ido sumando diferentes personalidades, entidades y certámenes del mundo del cine y la cultura del ámbito internacional.

San Sebastián, desde diferentes ámbitos, ha confiado en esta iniciativa desde su inicio. Así, el Festival Internacional de Cine de San Sebastián (Zinemaldi), manifestó ya en su edición de 2008 su apoyo al FISahara, poniendo de relieve el hecho constatado de su esfuerzo por fomentar la creación y la difusión del cine realizado por cineastas del Magreb, de los países africanos de habla portuguesa, y de otros países árabes en vías de desarrollo. Es, precisamente, en esa línea de actuación, en la que el Festival Internacional donostiarra expresó su apoyo al primer y único festival en el mundo que se desarrolla en un campo de refugiados y que contribuye, de forma importante, a la creación de una plataforma cultural para el pueblo saharaui en difíciles condiciones organizativas.

San Sebastián, Capital Europea de la Cultura 2016, cuenta también desde hace ya nueve años, con el Festival Internacional de Cine y Derechos Humanos, nacido con el fin de ofrecer y provocar una visión crítica, solidaria, reivindicativa y plural sobre los grandes retos, carencias, ahelos de la humanidad en la defensa y promoción de los derechos humanos, la convivencia en libertad, la cultura de la paz y la educación en valores democráticos. Este Festival es el único en el estado español que pertenece a la Red Internacional de Festivales de Cine y DDHH, Human Rights Film Network, asociación que reúne a los festivales de derechos humanos más destacados a escala mundial.

Nuestra ciudad, San Sebastián, hermanada desde 1988 con Bojador en la República Árabe Democrática, ha querido ratificar su compromiso solidario con el Pueblo Saharaui mediante la firma de un nuevo «Protocolo de



Hermanamiento y Colaboración» entre los Festivales de Cine y Derechos Humanos de Donostia-San Sebastián y FISahara. Con ello, se pretende, por un lado, desarrollar iniciativas que fortalezcan el conocimiento, la promoción y la excelencia de ambos Festivales y, por otro lado, impulsar nuevos apoyos a la justa causa del Pueblo Saharaui, así como denunciar ante los organismos estatales e internacionales las responsabilidades existentes y las causas que han provocado una situación que el conjunto de la población saharauí viene padeciendo desde hace más de 35 años.

El presente libro, que ha contado además con el patrocinio de Kutxa, la colaboración de la dirección de Masasam. Espacios de Creación y el impulso de la Asociación de Amigos del Sahara de Donostia, tiene por objeto aproximar al mundo del cine en particular, y al de la cultura y los derechos humanos en general, un acontecimiento singular, en un ámbito insólito, en un contexto de manifiesta injusticia.

Las páginas que siguen reflejan, a través de imágenes y textos, las sensaciones, impresiones y manifestaciones de quienes con su presencia o su apoyo han decidido participar de esta experiencia, demostrando que el cine puede y debe seguir siendo no sólo un instrumento de entretenimiento o un vehículo que permita un mejor entendimiento entre los pueblos y una fuente enriquecedora de cultura, sino también una plataforma de denuncia de las injusticias que hoy, todavía, en pleno siglo XXI siguen manteniéndose impunes.

FISahara

Juan Karlos Izagirre Hortelano

Alcade de Donostia-San Sebastián

Desde el momento en que una imagen, una historia o una melodía o canción son capaces de provocar en nuestro interior rabia, pena, alegría, amor, odio, solidaridad, justicia o cualquier otro tipo de sensaciones, deja de ser un simple pasatiempo para convertirse en algo más. Si esa imagen, historia y melodía se unen, es cuando se crea en sus diferentes formatos y estilos, una película, la cual junto con la comunión que se produce al verla en comunidad, crea algo especial que es difícil de explicar pero que existe.

En esta línea, la de crear algo especial, y con sensaciones muchas veces inexplicables, nació en su día el Festival Internacional de Cine de Donostia, nuestro Zinemaldia, uno de los más importantes del globo y centro del interés cinéfilo mundial durante su celebración. Espejo de diferentes realidades históricas y mundiales que abarcan desde el glamour del cine más hollywoodiense, pasando por el más convencional aunque no menos atractivo cine europeo, y terminando con propuestas alternativas de culturas y orígenes más lejanos a los de nuestro entorno, siempre interesantes, e intercalándose entre ellos los diferentes formatos que nos ofrece el celuloide.

Precisamente por ser un festival abierto, apertura que le da un plus de diferencia respecto a otro tipo de festivales de su categoría, es por lo que desde hace unos años ha sido refugio e impulso de una de las experiencias cinéfilas más curiosas a nivel mundial. Me refiero al FISahara, el único festival internacional de cine del mundo que nace y se celebra en un campamento de refugiados. Pero lo más significativo de este festival es que es algo más que cine, es un grito, es un puño en alto que desde la Hamada argelina, el lugar más árido y extremo del desierto del Sahara, un pueblo nos dice que la injusticia de la que son responsables los reinos de España y Marruecos obliga a 200.000 saharauis a malvivir en ese pedregoso lugar desde 1975.

Igualmente, y con el fin de ofrecer y provocar una visión crítica, solidaria, reivindicativa y plural sobre los grandes retos y carencias de la humanidad nació hace nueve años el Festival de Cine y Derechos Humanos de Donostia-San Sebastián.

Festival que el pasado año, precisamente en el marco del Zinemaldi, formalizó

su hermanamiento con el FISahara, con la convicción de que un trabajo común durable y confiado, profundice las relaciones de amistad ya existentes y represente una importante contribución a la denuncia internacional de la situación en la que sobrevive el pueblo saharaui.

He tenido el privilegio de conocer desde el mismo terreno, desde la misma arena del desierto, la realidad del festival saharaui, y estoy en condiciones de afirmar que, en este caso, el cine, el FISahara, es otra arma más de la que dispone el pueblo saharaui para mostrar al mundo lo injusto de su situación. Durante unos días, a la luz de la luna del desierto se le une una luz más, la del celuloide que nos permite disfrutar del cine, con la arena como alfombra de lujo y las estrellas como techo de la sala más espectacular que nos podamos imaginar.

Días durante los cuales, entre cabras, camellos, niños descalzos, los turbantes de los hombres y las coloridas melfas de las mujeres, pululan unas estrellas fugaces que acompañan a los refugiados durante estos días; son las estrellas de cine que, prescindiendo del entorno de ídolos que frecuentemente les acompaña, y junto con periodistas, directores, cantantes, técnicos y resto de personal de apoyo, se «bajan a la arena» soportando el aplastante sol del mediodía, las frías temperaturas nocturnas y la visita ocasional del Siroco, para unirse a ese grito y a ese puño en alto.

El FISahara es algo más que unos días con la magia del cine en los Campamentos de Tinduf. Además del propio acontecimiento en sí, y la proyección de películas todas las noches al aire libre y para toda la población, la monotonía del resto del año se ve rota por la creación de talleres de cine que han sido germen de escuelas de cine y de imagen, exposiciones tanto relacionadas con el celuloide como con la realidad saharaui, charlas, encuentros, experiencias... Todo ello en el regazo del icono de su imagen, la hospitalidad de sus gentes, acompañada de sus téis, conversaciones, bailes y buen humor. En definitiva, es una fuente tanto de crecimiento para los propios saharauis como de hermanamiento con otras gentes y culturas, pero también, y sobre todo, para nosotros, pues, aunque tópico pero real, la sensación del que se acerca a ellos es la de que se lleva mucho más de lo que se aporta.

Euskal Herria, nuestra ciudad, Donostia, son compañeros y cómplices del pueblo saharaui, no solo hermanados sobre papeles oficiales, sino que somos pueblos que, cada uno con sus características, conocemos lo que significa que el poderoso no deje decidir nuestro futuro. Por ello, esta ciudad seguirá gritando y levantando el puño con ellos, denunciando su injusticia desde todos los ámbitos que nos sea posible, poniendo a su disposición en este caso nuestros Zinemaldiak como escenarios del FISahara y que éstos sean altavoz de ese grito e imagen de ese puño.

Siempre me ha parecido que es muy difícil expresar en texto e imágenes las sensaciones, pero esta obra lo ha conseguido. Y para mí una sensación destaca sobre las demás: la de la solidaridad; cada vez más difícil de encontrar en un mundo cada vez más globalizado que cada vez es menos mundo. Camino, el de la solidaridad, demasiadas veces desierto, pero camino que está ahí para demostrarnos que la justicia no es una utopía, es simplemente justicia; camino por el que siguen haciendo camino al andar, los movimientos a favor de la causa saharaui, los propios saharauis y el apoyo a la lucha por la liberación de tantos pueblos en el mundo.

El FISahara, todos los que lo hacen posible, y el cine en este caso también, recorren este camino aportando la luz del celuloide, la cual, ha convertido la magia del cine en realidad permitiendo que mucha gente seamos menos ciegos y veamos la realidad de la justicia por la que lucha todo un pueblo desde hace más de 35 años.

Eskerrik asko FISahara sucran

El cine como argumento solidario

Carlos Ruiz González

Director del Área Social y Comunicación de Kutxa

La utopía de un mundo solidario, sin distancias ni barreras, se desmorona cuando tomamos conciencia de situaciones como la del Sahara Occidental y la de los Campamentos de Tinduf.

Si se puede compartir algo diferente a aquello que cubra las necesidades del día a día, es la capacidad de soñar. Y para ello nada como el cine. Lo compartimos además como ejemplo de inquietud cultural si así puede calificarse a manifestaciones como nuestro Zinemaldia, casi sexagenario y el joven FISahara. El cine teje un hilo que pone en comunicación el inmenso territorio del desierto del Sahara con la pequeña y verde Gipuzkoa.

Kutxa trata de reforzar ese hilo porque ve en quienes promueven, trabajan y hacen posible el FISahara que tratan de transmitir a la población saharauí un anhelo de libertad, justicia y, fundamentalmente, de futuro. Sabemos que su altavoz tiene aún una potencia muy limitada, pero estamos convencidos de



que está llamada a crecer. Y más: Kutxa ve en el FISahara un testimonio de esperanza, ese sí, sin límites.

Kutxa es solidaria. Lo es desde hace más de un siglo en su territorio guipuzcoano de origen, con más intensidad cada vez. Pensamos que el grado de avance de una sociedad debe medirse por el nivel de protección, de solidaridad y de ayuda a los demás. Y por las posibilidades de desarrollo que se prestan a la ciudadanía más desfavorecida de nuestra colectividad.

Trabajamos en nuestro territorio pero con amplitud de miras: procurando que ningún conflicto, ninguna tragedia nos sean ajenos; colaborando en hacer posible su superación. Desde nuestra limitación, de la que siempre hemos sido conscientes, más evidente aún en la actual crisis económica y financiera. Nos esforzamos en arañar recursos para que iniciativas como esta del FISahara encuentre vatios de potencia con los que pregonar las justas reivindicaciones de un pueblo y para dar soporte a la esperanza de sus hombres y mujeres; para que esta nunca se debilite.

No se trata de algo paradójico: estamos convencidos de que si FISahara y lo que representa funciona bien contribuirá a hacer de Gipuzkoa un territorio más cooperador y más solidario. Y solamente la solidaridad nos podrá hacer mejores.

Con mi mejor recuerdo, cariño y reconocimiento a Nina, Shelek, Khadija, Omar, Selki, Lehbib, Demba, ...y al resto de mis "otros" en Tinduf.

Muros

Eduardo Galeano

El Muro de Berlín era la noticia de cada día. De la mañana a la noche leíamos, veíamos, escuchábamos: el Muro de la Vergüenza, el Muro de la Infamia, la Cortina de Hierro...

Por fin, ese muro, que merecía caer, cayó. Pero otros muros han brotado, siguen brotando, en el mundo, y aunque son mucho más grandes que el de Berlín, de ellos se habla poco o nada.

Poco se habla del muro que los Estados Unidos están alzando en la frontera mexicana, y poco se habla de las alambradas de Ceuta y Melilla.

Casi nada se habla del Muro de Cisjordania, que perpetúa la ocupación israelí de tierras palestinas y de aquí a poco será quince veces más largo que el Muro de Berlín.

Y nada, nada de nada, se habla del Muro de Marruecos, que desde hace veinte años perpetúa la ocupación marroquí del Sahara occidental. Este muro, minado de punta a punta y de punta a punta vigilado por miles de soldados, mide sesenta veces más que el Muro de Berlín.

¿Por qué será que hay muros tan altisonantes y muros tan mudos? ¿Será por los muros de la incomunicación, que los grandes medios de comunicación construyen cada día?

Muros I

En julio del 2004, la Corte Internacional de Justicia de La Haya sentenció que el Muro de Cisjordania violaba el derecho internacional y mandó que se demoliera. Hasta ahora, Israel no se ha enterado.

En octubre de 1975, la misma Corte había dictaminado: «No se establece la existencia de vínculo alguno de soberanía entre el Sahara Occidental y Marruecos». Nos quedamos cortos si decimos que Marruecos fue sordo. Fue peor: al día siguiente de esta resolución, desató la invasión, la llamada *Marcha verde*, y poco después se apoderó a sangre y fuego de esas vastas tierras ajenas y expulsó a la mayoría de la población.

Y ahí sigue.

Muros II

Mil y una resoluciones de las Naciones Unidas han confirmado el derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui.

¿De qué han servido esas resoluciones? Se iba a hacer un plesbiscito, para que la población decidiera su destino. Para asegurarse la victoria, el monarca de Marruecos llenó de marroquíes el territorio invadido. Pero al poco tiempo, ni siquiera los marroquíes fueron dignos de su confianza. Y el rey, que había dicho sí, dijo que quién sabe. Y después dijo no, y ahora su hijo, heredero del trono, también dice no. La negativa equivale a una confesión. Negando el derecho de voto, Marruecos confiesa que ha robado un país.

¿Lo seguiremos aceptando, como si tal cosa? ¿Aceptando que en la democracia universal los súbditos sólo podemos ejercer el derecho de obediencia?

¿De qué han servido las mil y una resoluciones de las Naciones Unidas contra la ocupación israelí de los territorios palestinos? ¿Y las mil y una resoluciones contra el bloqueo de Cuba?

El viejo proverbio enseña:

- *La hipocresía es el impuesto que el vicio paga a la virtud.*

Muros III

El patriotismo es, hoy por hoy, un privilegio de las naciones dominantes.

Cuando lo practican las naciones dominadas, el patriotismo se hace sospechoso de populismo o terrorismo, o simplemente no merece la menor atención.

Los patriotas saharauis, que desde hace treinta años luchan por recuperar su lugar en el mundo, han logrado el reconocimiento diplomático de ochenta y dos países. Entre ellos, mi país, el Uruguay, que recientemente se ha sumado a la gran mayoría de los países latinoamericanos y africanos.

Pero Europa, no. Ningún país europeo ha reconocido a la República Saharaui. España, tampoco. Éste es un grave caso de irresponsabilidad, o quizá de amnesia, o al menos de desamor. Hasta hace treinta años el Sahara era colonia de España, y España tenía el deber legal y moral de amparar su independencia.

¿Qué dejó allí el dominio imperial? Al cabo de un siglo, ¿a cuántos universitarios formó? En total, tres: un médico, un abogado y un perito mercantil. Eso dejó. Y dejó una traición. España sirvió en bandeja esa tierra y esas gentes para que fueran devoradas por el reino de Marruecos.

Desde entonces, el Sahara es la última colonia del África. Le han usurpado la independencia.

Muros IV

¿Por qué será que los ojos se niegan a ver lo que rompe los ojos?

¿Será porque los saharauis han sido una moneda de cambio, ofrecida por empresas y países que compran a Marruecos lo que Marruecos vende aunque no sea suyo?

Hace un par de años, Javier Corcuera entrevistó, en un hospital de Bagdad, a una víctima de los bombardeos contra Irak. Una bomba le había destrozado un brazo. Y ella, que tenía ocho años de edad y había sufrido once operaciones, dijo:

- *Ojalá no tuviéramos petróleo.*

Quizás el pueblo del Sahara es culpable porque en sus largas costas reside el mayor tesoro pesquero del océano Atlántico y porque bajo las inmensidades de arena, que tan vacías parecen, yace la mayor reserva mundial de fosfatos y quizá también hay petróleo, gas y uranio.

En el Corán podría estar, aunque no esté, esta profecía:

- *Las riquezas naturales serán la maldición de las gentes.*

Muros V

Los campamentos de refugiados, al sur de Argelia, están en el más desierto de los desiertos. Es una vastísima nada, rodeada de nada, donde sólo crecen las piedras. Y sin embargo, en esas arideces, y en las zonas liberadas, que no son mucho mejores, los saharauis han sido capaces de crear la sociedad más abierta, y la menos machista, de todo el mundo musulmán.

Este milagro de los saharauis, que son muy pobres y muy pocos, no sólo se explica por su porfiada voluntad de ser libres, que eso sí que sobra en esos lugares donde todo falta: también se explica, en gran medida, por la solidaridad internacional.

Y la mayor parte de la ayuda proviene de los pueblos de España. Su energía solidaria, memoria y fuente de dignidad, es mucho más poderosa que los vaivenes de los gobiernos y los mezquinos cálculos de las empresas.

Digo solidaridad, no caridad. La caridad humilla. No se equivoca el proverbio africano que dice:

- *La mano que recibe está siempre debajo de la mano que da.*

Muros VI

Los saharauis esperan. Están condenados a pena de angustia perpetua y de perpetua nostalgia. Los campamentos de refugiados llevan los nombres de sus ciudades secuestradas, sus perdidos lugares de encuentro, sus querencias: El Aaiún, Smara...

Ellos se llaman *hijos de las nubes*, porque desde siempre persiguen la lluvia. Desde hace más de treinta años persiguen, también, la justicia, que en el mundo de nuestro tiempo parece más esquiva que el agua en el desierto.

Muros VII



Alcanzar el cielo

Primer Festival Internacional de Cine Saharaui

(20-23 noviembre 2003)

Paul Laverty

Toallitas húmedas, zapatillas deportivas, una larga lista de medicinas, 50 películas en DVD y una valiosa linterna, todo ello metido a presión en una vieja mochila. Esta vez nada de pajaritas postizas ya que el Frente Polisario dio a entender que no serían necesarios los trajes de etiqueta ni los vestidos escotados en este Primer Festival Internacional de Cine Saharaui. Un festival que tendría lugar en el campo de refugiados de Smara, en el Suroeste de Argelia, justo al otro lado de la frontera con el Sahara Occidental.

En el aeropuerto de Madrid, un abigarrado grupo de cineastas (la mayoría españoles), actores, periodistas y cooperantes cargaba la enorme pila de material, entre la que se encontraban 21 largometrajes de ficción, todos en 35mm, y que conformaban lo que iba ser el corazón del festival. Este grupo variopinto había nacido de los esfuerzos del director peruano Javier Corcuera quién, con esa voz amable que le caracteriza, es capaz de convencer al mismísimo diablo para que se haga un examen de conciencia. Pero Corcuera se enfrentaba ahora con una tarea más difícil: convencer al propietario de un cine para que le prestara dos valiosos proyectores para llevarlos al desierto...

Según comenzaba a descender el avión terminé de leer el último de los artículos que había sacado de internet acerca de la región a la que nos aproximábamos. La esperanza de vida aquí es de 45 años para los hombres y 47 para las mujeres. Mientras el tren de aterrizaje se ponía en marcha, este dato se me iba haciendo más patente, de alguna manera te pone los pies en la tierra imaginar que, a partir de los 45, cada día de más es un regalo inesperado.

El viaje al campo de refugiados de Smara empezó con buen pié. La caravana la componían autobuses y vehículos todoterreno. Nuestro conductor iba encantado con las atenciones que le prodigaban las dos actrices sentadas a su lado: Laia Marull y Candela Peña. Marull, por cierto, acababa de ganar la Concha de Plata a la mejor actriz por «Te doy mis ojos» en el Festival de Cine de San Sebastián. Dejamos atrás el camino asfaltado y entramos en la arena. Para entonces, el conductor había puesto la música a todo volumen y sorteábamos autobuses y camiones en carrera alocada, mientras en la parte trasera del vehículo todos botábamos como endemoniados, entre gritos y carcajadas.

Llegamos bien entrada la noche. No se veía ni una sola luz en ese asentamiento que reunía a más de 40.000 personas. Con la ayuda de una linterna, nos guiaron apresuradamente hasta un recinto amurallado de adobe, y ahí empezó el caos. A primera vista, puede parecer fácil dividir en grupos de 5 a 250 personas para luego asignar cada grupo a una familia saharauí. Pues no. Aunque la verdad es que tampoco importó. Fue una experiencia bíblica: las cabras balaban, los niños se arremolinaban por doquier mientras las mujeres, cubiertas con velos multicolores, ladraban ordenes a diestro y siniestro... Todo esto mientras desde la entrada nos observaba en silencio una figura beduina, alta y esbelta, cual elevada torre imperturbable.

Un niño de unos 9 años me cogió de la mano con firmeza y todos (un escocés, un inglés, un vasco y dos peruanos) le seguimos en la oscuridad, mientras él sorteaba con habilidad los agujeros que esta gente excava para extraer la arena con la que fabrican sus ladrillos de adobe. ¿Cómo te llamas? Mohammed. Otro niño agarró la mano de Joss, el fotógrafo. ¿Cómo te llamas? Mohammed. Casi todos los niños hablan un español aceptable. (La temperatura en los campos de refugiados puede llegar hasta unos asfixiantes 55 grados en verano y se ha creado una organización española, los Amigos del Pueblo Saharaui, que trabaja en estrecha colaboración con el Frente Polisario. Esta gente se dedica a traer a España, durante los dos meses más calurosos del verano, a cientos de niños de entre 7 y 12 años y los alojan con familias voluntarias que les ayudan a «refrescarse»).

Los niños parloteaban, reían y hacían preguntas sin descanso, hasta que por fin llegamos a la casa de «nuestra» familia: dos tiendas y dos sencillas construcciones de adobe de aspecto frágil. Dos personas nos esperaban: el padre, Tiyb (60 años), un hombre apuesto y elegante de dos metros de alto, y su mujer Lamat Ali, quienes inmediatamente nos hicieron sentir como en casa. No hablaban español, pero sus ojos eran cálidos y acogedores. La abuela de 90 años (la única persona de edad que vi en todo el tiempo) haría poco después su entrada triunfal. Pero mientras, un bebé de 5 meses, Sainabo, acaparaba todo el protagonismo. Gracias a los gestos y a los niños que eran nuestros intermediarios, conseguimos entender finalmente dónde íbamos a dormir: todos juntos, en unos colchones colocados en la tienda que estaba afuera. Después de lo cual, Mohammed y Mohammed nos guiaron de nuevo hasta el centro del campamento, donde iba a tener lugar la recepción del Festival. Eso sí, no sin antes perdernos otros 20 minutos hasta que encontramos el camino hasta allí.

Muchos de los habitantes de este asentamiento no habían visto una película en pantalla grande en su vida. En algunas tiendas había aparatos de televisión que se alimentaban con la batería de un coche, batería que, a su vez, conectaba

con un sencillo panel solar. Este panel también alimentaba la única luz que había en cada una de las tiendas, aunque desde fuera pasaban completamente inadvertidas. El campo contaba con unas pocas construcciones sólidas que se iban a usar para los encuentros. En el interior de la sala más grande habían montado una pantalla ante la que podían sentarse de 500 a 700 espectadores. Luego, afuera y bajo las estrellas, se encontraba «la pantalla del desierto», de unos 8 metros de alto por 13 de ancho. Por detrás, a unos 35 metros de distancia, se había construido una pequeña garita para el proyccionista.

Ese largo rayo de luz tenía algo de mágico, a pesar de que, a menudo, lo distorsionaba la luz de los faros de los jeeps, que proyectaban sobre la pantalla alargadas sombras con turbante que se fundían con la película. Estaban pasando «Nómadas del viento», un documental sobre las aves migratorias. Una bandada de pájaros era seguida por un sofisticado sistema de cámaras mientras cruzaban a toda velocidad ríos, mares y el Océano Antártico. Pasados 40 minutos me pareció captar alguna señal de descontento; ya bastaba de plumas, ¿cuándo empezaba la historia?

A última hora de la tarde se presentó un numeroso grupo de 1.500 niños que intentó meterse en la sala para ver una comedia. Se enfadaron muchísimo al ver que no había sitio para tantos, pero se consiguió organizar un segundo aforo y los ánimos pronto se calmaron.

Todas las películas habían sido seleccionadas por representantes de los saharauis. Las había de dibujos animados para los niños, comedias ligeras, documentales y dramas sociales de contenido más duro... Algunas transmitían una imagen de Europa de riqueza y exotismo, como si todo el mundo aquí fuera un profesional bien situado, mientras que otras exploraban contradicciones muy arraigadas. Julio Medem había traído su documental «La Pelota Vasca», con el que había dado voz a todo un abanico de personas que reflexionaban sobre el conflicto vasco y había enfurecido de paso al gobierno español. Chus Gutiérrez envió «Poniente» una historia basada en la vida de los inmigrantes, en su mayoría marroquíes, que viven en poblados de chabolas al sur de España mientras trabajan en los invernaderos en los que se cultivan una gran parte de las frutas y verduras que se consumen en Europa. También habían conseguido traer las únicas tres películas que se han hecho sobre los saharauis. El pase de madrugada, a las 2am, fue para «El Otro Lado de la Cama», una comedia picante que provocó una controversia entre los espectadores de más edad al aparecer los primeros pechos desnudos. Pero como era de esperar, lo que consiguieron con su protesta fue que se montara una auténtica batalla para que se proyectara al día siguiente en el interior de la sala. (Rubio, un viejo activista del Polisario, aconsejó a los organizadores que, cuando se temieran que una película no iba a atraer a suficientes espectadores, plantaran a una pareja de policías a la entrada del cine: la transformación en «overbooking» sería mágica.)

Después de esta primera velada del Festival volvimos para casa, todavía incapaces de guiarnos en esa oscuridad total, acompañados de Mohammed y Mohammed. Nos recibieron Tiyyb y Lamat, que a tan altas horas de la noche departían y tomaban té con unos amigos.

Tres horas más tarde, en plena oscuridad, y en medio del concierto de ronquidos y resoplidos, comenzó la inevitable procesión, producto de tanto té. Había al menos dos bebés mamando cuando me llegó el turno a mi también de salir, pero antes debí sortear todos los obstáculos que había, algunos de carne y hueso, entre mi esquinita y la salida. Muerto de miedo por si aplastaba a algún niño, me abrí camino por entre los cuerpos de todos los tamaños. Entonces descubrí a Sainabo acurrucado junto a su madre. Y me sentí fatal al darme cuenta de que nos habían dado los mejores colchones.

El cielo del desierto me cortó la respiración. La Vía Láctea era deslumbrante: ahí la tenía ante mí, con toda su belleza sobrecogedora, sin ninguna luz terrenal que le robara su intensidad. No pude evitar sentir que todos nuestros esfuerzos por traer un proyector y unos rollos de celuloide eran insignificantes, casi irrisorios, comparados con tanta grandeza. Las estrellas fugaces cruzaban sin descanso la milagrosa pantalla.

Por la mañana todos nos arremolinamos en torno al delicioso desayuno. Se nos unió un pariente que había estudiado en Cuba durante 10 años y que podía hacernos de traductor. De pronto, en esta tienda donde estábamos, teníamos una instantánea de la reciente historia saharaui: la madre, Lamat, había vivido en una casa de verdad en un pueblecito del Sahara Occidental, que antes de 1976 era una colonia española. Tiyyb se había unido al Frente Polisario, fundado en 1973, y había luchado contra los españoles defendiendo la independencia de su pueblo. En 1975, la Corte Internacional de Justicia declaró que el pueblo del Sahara Occidental tenía derecho a la autodeterminación, pero el 6 de noviembre del mismo año, el rey Hassan II de Marruecos convenció a unos 350.000 marroquíes de extracción humilde para que cruzaran la frontera y se instalaran en el Sahara Occidental, y esto a cambio de todo tipo de promesas sobre una vida mejor (algo muy parecido a lo que Indonesia había hecho en Timor Oriental). Así fue como empezó la «Marcha Verde» mientras España, que hizo oídos sordos al dictamen de la Corte Internacional, acordó asignar la parte norte de su colonia a Marruecos —aunque conservando importantes derechos de pesca y de acceso a los ricos depósitos de fosfato— y la parte sur a Mauritania, menospreciando por completo a los saharauis.

Al retirarse España en 1976, el Frente Polisario declaró la República Árabe Democrática Saharaui y de ésta forma comenzó la guerra contra Marruecos y Mauritania. Lamat, junto a todo su pueblo, fue obligada a huir. Algunos

refugiados fueron bombardeados con Napalm mientras escapaban. Cruzaron unos 600km de desierto y llegaron hasta Argelia, para terminar a unos 70km al sur de Tinduf, el emplazamiento del campamento actual. La mayoría de los hombres estaban en el ejército, así que las mujeres, junto con los niños y ancianos, tuvieron que sobrevivir por sus propios medios.

Lamat, con voz suave y rodeada de todos sus nietos, nos describe cómo era la vida al principio. Por aquellos tiempos tenía dos bebés y una madre anciana. Lo primero que hicieron fue excavar un pozo, después organizaron un sitio para dormir, pero todavía tenían demasiado miedo como para quedarse en las tiendas por la noche, ya que los marroquíes podían bombardearlos. Con el tiempo llegaron más mujeres y niños. Los primeros años fueron terribles y muchos murieron de hambre antes de que se estableciera definitivamente una infraestructura de ayuda.

Poco a poco, con sus propias manos, estas mujeres construyeron el campo. Antes de que se montaran las primeras escuelas, Cuba se ofreció para sacar a los niños de los campos y educarlos. Por entonces, Lamat supo que su marido había sido capturado (años más tarde, enfermo, fue llevado a un hospital de donde escapó, tras haber pasado cinco años en prisión). Lamat nos habló de las largas y tensas reuniones en las que las madres discutían un terrible dilema: mantener a los niños a su lado, sufriendo las privaciones del campamento, o enviarlos al otro lado del océano. Muchas escogieron lo último, y cientos de niños marcharon fuera, algunos con tan solo 9 años. Se fueron a Cuba, y no regresaron hasta haber terminado sus estudios en la universidad.

(En el único restaurante del campamento conocí a dos camareros. Los dos hablaban español como si fueran de La Habana. Raduan, ingeniero eléctrico, servía los filetes de camello mientras que Sas, licenciado en (I.T.), servía las bebidas. Jorge Perugorría, uno de los actores más populares de Cuba y muy conocido también en España, estaba con nosotros. Casi se cae de espaldas cuando se le acercó un joven saharauí y empezó a recitar, palabra por palabra, el texto de su interpretación más famosa en la película «Fresa y Chocolate», rodada en La Habana. Llegó entonces otro grupo de saharauis y el actor se moría de la risa escuchando los chistes de su tierra natal).

Veintiocho años después, Lamat y sus descendientes siguen viviendo en el mismo campo de refugiados. A pesar de su maravillosa organización, que incluye unas escuelas que acogen a algunos de los niños mejor formados del continente africano, el campo sigue dependiendo de la ayuda externa para su supervivencia. Y la vida aquí es dura a más no poder. El tono de voz no dejaba duda de que Lamat, desesperada, no veía el momento de regresar a su «casa» del Sahara Occidental. Hubo un atisbo de esperanza en 1991, cuando se estableció un alto el fuego bajo los auspicios de Naciones Unidas. De



hecho, la ONU ha sacado numerosas resoluciones para que se convoque un referendun, pero el debate se complica a la hora de decidir quién debe votar. En cualquier caso, parece claro que Marruecos —que tortura a sus disidentes políticos— no tiene ninguna intención de acatar las resoluciones, a no ser que la presión internacional le fuerce a ello. Mientras tanto, al otro lado de un muro de 1.500km (qué curioso que nadie haya oído hablar de éste, que supera en longitud a la muralla china...) hay apostados 120.000 soldados marroquíes y más de un millón de minas anti-persona, dividiendo el Sahara Occidental en dos partes. En una de ellas, Marruecos disfruta sus derechos de pesca, guarda bien sus fosfatos de alta calidad y recientemente ha permitido a la compañía petrolera norteamericana Kerr McGhee y a la francesa Total que busquen petróleo. En la otra parte, alrededor de un cuarto de millón de personas a las que se les arrebató su hogar viven desde hace 30 años inmovilizados en el desierto, olvidados por aquellos que establecen las prioridades de la comunidad internacional.

Esta es una de las razones principales por las que se organizó este festival, para recordar al mundo que todavía existen. Pero había también una razón más simple: que aquellos que nunca habían visto una película pudieran disfrutar de esa oportunidad: compartir la experiencia única de sentarse entre miles de espectadores, durante 110 minutos, y dejar volar la imaginación. Su curiosidad fue contagiosa. Durante los tres días siguientes, mostramos nuestras películas y compartimos charlas con ellos. Los encuentros dieron para un poco de todo: a veces fueron brillantes e irreverentes, otras algo áridos y retóricos. Pero en cualquier caso, siempre había un ansia evidente por conocer otros mundos. Conocí a una niña de 10 años a la que le encantaban las películas pero me decía que no las podía oír muy bien. Al principio no comprendí, ya que los técnicos habían hecho un estupendo trabajo con el sonido. Resultó que la niña, al cuidado de sus hermanos pequeños, se las había apañado para espiar la gran pantalla a medio kilómetro de distancia de donde se encontraba. Me llegó al

alma. Otra noche, un chico me cogió por banda (¡no me lo podía quitar de encima!) y me suplicó que le metiera a ver una película, ya que el policía de la entrada le había echado a empujones. ¿Cuántos años tienes? 16. ¡Vaya mentiroso! ¿Cómo te llamas? Mohammed. Me agarró con más fuerza si cabe y pude ver la desesperación en sus ojos. Nos abrimos paso por el revoltijo de gente. El policía le volvió a parar. «Mohammed viene conmigo», le dije, y seguimos avanzando. La expresión maravillada de su cara cuando se sentó en una esquina de la sala fue algo verdaderamente especial.

Este festival me hizo recordar otro de los maravillosos efectos del cine: escuchar, hablar, discutir y ver cómo el mismo material puede ser interpretado de formas tan distintas. Conocí a un chaval de 14 años que, sin que nadie le preguntara, comenzó a hablar de «Sweet Sixteen». Le superaba el hecho de ver a una madre tomando drogas y despreocupándose de sus hijos. Este chico, que había nacido en un campo de refugiados (y que tenía una idea muy clara sobre su futuro: ir a Cuba a estudiar medicina) hacía lo posible por comprender el sentido de pérdida y la carencia de amor que se daban en un arquetipo de familia escocesa. ¿Cómo es posible que pase algo así?, preguntaba... En paralelo a estas charlas, había un ambiente encantador de fiesta. Nos ofrecieron unas comidas maravillosas, bailaron para nosotros, cantaron y nos dieron una soberana paliza en un partido de fútbol que jugamos en la explanada más grande que he visto en mi vida.

La presentación de «Sweet Sixteen», doblada al español, ante unos 2.000 saharauis y bajo un cielo estrellado, fue una experiencia bastante surrealista. Se había levantado un viento suave y sobre nosotros caía una fina lluvia de arena. Justo en medio de la muchedumbre podía vislumbrar a Marta con la linterna suspendida sobre su ordenador portátil que, a su vez, estaba conectado a un cable de unos 15 metros. Marta y sus compañeros habían pasado la noche en vela y acababan de terminar de subtitular nuestra película en árabe, apenas media hora antes de la proyección. Tenía el ordenador conectado al vídeo y, según escuchaba las líneas de diálogo en español, le daba a una tecla, y si todo iba bien, surgían los trazos árabes en la pantalla. Así lo fue haciendo durante toda la proyección. Fue un esfuerzo de titanes, un trabajo no remunerado que exigió a los traductores habilidades de operadores informáticos.

Las tonterías que se le pasan a uno por la cabeza en esos momentos... Observaba ese mar de velos y rostros expectantes y cruzaba los dedos para que no hubieran traducido la palabra que Pinball pinta en la pared a los 25 minutos de empezada la película, «soplapollas». Nadie se fue durante la proyección, lo que interpreté como una buena señal. Después vieron otra película y sólo se marcharon unos poquitos. Y después vieron otra película (iban ya tres seguidas) y ésta vez les brillaron los ojos: «Historias de la Guerra del Sahara». Intento imaginar lo

que sentían, ahí sentados, observado su propia imagen en la pantalla, en un campamento en el que yo no había visto aún un sólo espejo. En momentos como este, a pesar de las excepciones, me veo obligado a recordar que el cine es un juego humano de gran riqueza, y que ese compartir historias, valores y vidas se da, desgraciadamente, en una sola dirección. Por esta razón, uno de los elementos clave de este festival es organizar más visitas en forma de talleres para que los jóvenes saharauis puedan aprender a hacer sus propios cortos y documentales y luego, quién sabe qué más...

La ceremonia de clausura desbancó en todo su esplendor a la de Cannes. Todos los participantes recibimos una preciosa «rosa del desierto» (una delicada formación cristalina producida por las tormentas del desierto), entregada por la Ministra de Cultura Saharaui, una divertida mujer llena de vida, que había participado en muchos de los debates. La Ministra pidió a la banda local que cantara una canción mientras el jurado se reunía para debatir una «mención especial». Cinco minutos más tarde, salían todos de nuevo y concedían el premio a la mejor película del Primer Festival de Cine Saharaui a la película gallega de animación «El Bosque Animado». Tras la banda saharauí vino una apoteósica actuación de Fermín Muguruza y los 11 acompañantes de su grupo, procedentes todos del País Vasco. Fue cuestión de segundos y ya tenían dando saltos al personal. Y entonces ocurrió algo maravilloso. Muchas de las mujeres llevaban velo aunque bailaban también algo apartadas de la masa de baile en la que se mezclaban visitantes y hombres saharauis. Durante una hora, todos dimos saltos hasta que de pronto, no sé cómo ni cuándo exactamente, se empezó a abrir paso por entre todos una conga serpenteante... y se fue haciendo más y más larga. Y todos nos mezclamos, mujeres con velo, hombres con turbante, melenudos y calvos. Y entonces me sentí feliz de estar haciendo películas.

Cuando volvimos a nuestra tienda era ya muy tarde, nos perdimos, incluso caímos en uno de los hoyos excavados en la arena, hasta que por fin llegamos a casa a las 5 de la mañana. Nos sentimos como críos al ver a Lamat esperando fuera de la tienda: «Sólo quería asegurarme de que estabais bien.»

La publicidad que se le dio al evento en España fue razonablemente buena. Los organizadores habían puesto todas sus expectativas en un «spot» publicitario de «interés humano» que iba a salir al final de los dos telediarios más vistos de la televisión pública. Por desgracia, «Copito de Nieve», un gorila albino de 40 años, acababa de morir en el zoo de Barcelona, y quedamos fuera de programación. A veces, esos 15 kilómetros de agua que separan África de Europa parecen más largos y anchos que la propia Vía Láctea...

> Para más información, ver wsc@gn.apc.org

(*Sweet Sixteen* está dirigida por Ken Loach y escrita por Paul Laverty. Ganó el premio al mejor guión en el Festival de Cine de Cannes de 2002)

La pantalla del desierto

Javier Corcuera

Director del FISahara

Hace diez años me invitaron los amigos saharauis a conocer sus campamentos en el *desierto del desierto*, como llaman al lugar donde viven desde hace más de tres décadas en el exilio. Viajaba con la idea de rodar una película, acababa de estrenar mi primer largometraje y quería conocer de cerca esa realidad. En aquel viaje hablamos de posibles historias y de poner el cine a disposición del pueblo saharauí, fue durante esas conversaciones que conocí a mi hermano Ahmed «el rubio», un saharauí que nos acompaña en esta aventura desde el primer momento. Hablando con Ahmed y con otros compañeros y compañeras surgió la idea de traer el cine a los campamentos y de formar cineastas para que ellos mismos cuenten sus vidas. Así surgió el plan de hacer un festival de cine y una escuela de donde se formarían los futuros creadores de historias. Esto parecía una locura, algo imposible, pero como el pueblo saharauí se caracteriza por hacer cosas imposibles, al año siguiente estábamos inaugurando en medio del desierto el primer festival internacional de cine que existe en el mundo en un campo de refugiados y los talleres que serían el nacimiento de la escuela.

Durante estos ocho años de festival compartimos tantas cosas que me gustaría contar pero no caben en estas líneas, muchos refugiados vieron cine por primera vez, nos visitaron actores, directores, escritores y músicos que dejaron su corazón en ese lugar inhóspito donde los hermanos y hermanas saharauis han creado un país cargado de futuro. Nunca podré olvidar todo lo vivido y todo el cariño que hemos recibido de este pueblo que tiene como bandera la dignidad y el amor por el otro. En esa pantalla del desierto vieron historias que les abrieron una ventana al mundo y también se convirtió en una pantalla para que el mundo sepa y aprenda de los saharauis. En la pantalla del desierto ya se empezaron a proyectar las primeras películas de sus cineastas y un día se proyectarán frente al mar. Porque este festival también es el único en el mundo que tiene vocación de desaparecer, de mudarse, con su pueblo a un Sahara libre.

Todos con el sahara

Javier Bardem

En realidad yo siempre quise acudir a FISahara, el único festival de cine que se celebra en un campamento de refugiados. Por fin en 2008, pude asistir a ese milagro bajo las estrellas; allí en medio del desierto, en medio de la nada, descubrí un pueblo que vive, resiste y no se rinde y además se preocupa por la cultura y el cine, un verdadero milagro.

Estuve en Dajla, sede del FISahara, uno de los campamentos de refugiados saharauis donde se vive un drama humanitario, en el que la situación empeora año tras año, el proceso de paz está bloqueado, y eso afecta especialmente a los más débiles. Hay, en el conjunto de todos los campamentos, 200.000 personas que fueron españolas y que están abandonadas en el desierto desde hace 35 años, con las que nuestro País tiene una especial responsabilidad.

Sin embargo, fue impresionante comprobar el nivel de organización existente, habida cuenta que esta gente, el pueblo saharauí, vive en el patio trasero del infierno. Allá donde crees que no existe ningún signo de vida, resulta que hay un país. Parece imposible que una gente que está totalmente aislada y olvidada tenga ese sentido de respeto hacia el otro, cuando por menos mucha gente se habría vuelto loca y habría cometido muchas atrocidades.

Quizás el signo más llamativo y el más importante, y el que se lleva uno a casa, en el corazón, es el de convivir con las familias. Te metes en esas casas, en esas haimas, compartes todo con ellos, y te vas muy lleno de la relación mutua establecida, y sobre todo de la forma en que te la ofrecen, y de cómo se posicionan. Tienen, además, un respeto y un cariño al lenguaje y a la población civil española verdaderamente importante. Creo que es el único pueblo que tiene una relación de ese nivel y cordialidad con sus colonizadores.

Lo que uno también reconoce allí es la enorme ayuda, la constante ayuda, de la sociedad civil española al pueblo saharauí. Por ello, lo que uno desea es que el gobierno de un país que tiene esa dignidad en la sociedad civil, no olvide la permanente ayuda humanitaria, escolar, sanitaria y cultural, y esté a la altura de esa sociedad civil y les otorgue al pueblo saharauí, nada más y nada menos que lo que es suyo: esa tierra.

Objetivo FISahara

Sandra Maunac y Mónica Santos

Masasam. Espacios de creación. Comisariado

En mayo de 2009, el Director del Festival Internacional del Sahara (FISahara) Javier Corcuera y la Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de San Sebastián nos sugirieron la idea de crear una exposición fotográfica cuyo objetivo principal fuese por un lado contar la historia de un Festival que, con mucho esfuerzo y tras ya ocho ediciones, logra llevar cine a uno de los lugares más recónditos del planeta, y por otro desterrar el olvido internacional e informativo en el que vive el pueblo saharauí, tras treinta cinco años de exilio al sur de Argelia.

Así nace «Objetivo FISahara» una exposición donde se tejen historias, se superponen narrativas y se entrecruzan las vidas de individuos que persisten en la idea que expresiones como la fotografía, la palabra escrita o el cine todavía consiguen reflejar y transformar las múltiples realidades en las que sobrevivimos.

La exposición se compone de dos elementos: un texto e imágenes impresas en grandes lonas. *Muros* de Eduardo Galeano, sirve así de hilo conductor de la exposición, poniendo de manifiesto de manera lúcida la situación de injusticia que viven aquellos a quienes usurparon sus tierras y forzaron a vivir en campos de refugiados. Un texto cuyo trasfondo político se combina con las imágenes cedidas por seis fotógrafos: Per Rueda, Sergio Caro, Joss Barratt, Manuel Fernández, Xavier Gil Dalmau y Casper Hedberg, que relatan sus propias historias atraídos por el reto que supone el festival, al que acudieron sin más objetivo que el de documentar este evento épico.

Estas fotografías nos permiten sentir la arena, la proximidad y complicidad entre los que allí viven y los que allí viajan, el calor del sol, las proyecciones al aire libre en el frío nocturno, el rayo de luz en medio de la oscuridad desértica, la magia que sale de un generador y el conseguir lo aparentemente imposible. Imágenes que nos hablan en definitiva de la capacidad de iluminar las caras de emoción, de risas o de llanto, algo que sigue siendo misterioso y esencial, algo que señala que todavía hay un enigma sagrado más allá del mero espectáculo, algo común a todos nosotros, algo que nos une en el arte, en ese silencio expresivo.

Esta exposición que inició su andadura en septiembre de 2009 en el marco del Festival de Cine de San Sebastián, expuesta en las salas de la Kutxa Boulevard, ha

itinerado durante dos años por diferentes festivales de cine, no solo en España sino también en Cuba. Tras este recorrido emprendido juntos consideramos que había llegado el momento de buscar otra manera de proseguir ese viaje. El camino, para no cerrarlo, ha sido el de transformarlo en un libro. Un libro que en su matriz sigue siendo la prolongación de esta exposición, ya que por un lado las lonas que la componen salen de la sala para convertirse en la funda personalizada de cada ejemplar y por otro lado porque su elemento básico es un desplegable en el que van todas las fotos de la exposición. La idea por tanto es que a través de este libro uno pueda seguir sumergiéndose en esas imágenes al tiempo que escuchar y leer algunos de los testimonios de personas, personalidades y entidades que han sido testigos en primera persona de la magia de este festival o que han hecho posible que el cine llegue al desierto del Sahara, a una población que sigue soñando y luchando con dignidad por su independencia.



Edición y Producción

*Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui de San Sebastián
Masasam. Espacios de Creación*

Coordinación

Mónica Santos y Sandra Maunac. Masasam. Espacios de Creación

Textos

*Festival de Cine y Derechos Humanos de Donostia-San Sebastián
Juan Karlos Izagirre Hortelano. Alcaldede Donostia-San Sebastián
Carlos Ruiz González. Director del Área Social de Kutxa
Eduardo Galeano
Paul Laverty
Javier Corcuera. Director Festival Internacional de Cine del Sahara
Javier Bardem
Mónica Santos y Sandra Maunac. Masasam. Comisariado Exposición Objetivo FISahara*

Traducción

Departamento de Derechos Humanos del Ayuntamiento de Donostia-San Sebastián (Castellano-Euskera-Francés) / Paul Ruffner (Español-Inglés) / Iciar Bollain (Inglés-Español)

Concepción gráfica

Masasam. Espacios de Creación con la colaboración de Bonus Extra.

Impresión

Artes Gráficas. Palermo

Agradecimientos

A José Taboada Valdés, presidente de FISahara y de la Coordinadora Estatal de Asociaciones de Amigos del Pueblo Saharaui (CEAS), y a todo su equipo, sin cuya dedicación y entrega no sería posible la realización de este milagro en el desierto.

A José Luis Paulín, que al igual que el alcalde de Donostia-San Sebastián, forma parte del equipo de médicos cooperantes que visitan regularmente los campamentos de Tinduf, y ha participado en la redacción del texto. Al Ayuntamiento de Donostia que desde el inicio del FISahara colabora en su patrocinio.

A Kutxa que desde siempre presta su colaboración para la difusión de este Festival de Cine.

A los fotógrafos Per Rueda, Sergio Caro, Joss Barratt, Manuel Fernández, Xavier Gil Dalmau y Casper Hedberg por haber cedido sus fotografías.

A Eduardo Galeano y Paul Laverty por su poesía y lucidez expresiva.

A José Ángel Zuazua por su energía y dedicación en este proyecto.

A todos los que acogieron la exposición. En Cuba: Embajada de España en Cuba y todo su equipo, Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de la Habana, Festival Cine Pobre de Gibara, Romería de Mayo de Holguín. En España: Kutxa Boulevard, Donostia-San Sebastián, Festival de Cine Africano de Tarifa, Festival de Cine de Alfás del Pi, Alicante.

A Lotura Films, por su desinteresado patrocinio de la exposición.

A Alicia Guirao, Blanca Nieto, Alfonso Reverón y Paco Vallejo por su creatividad.

A Mat Jacob y Manuel Sesma por su incondicional apoyo y ayuda.

Con la financiación de

